

¡Jesús, Rey de los mártires!, que estando en la cruz padecisteis extrema desolación, que os obligó á lamentaros á vuestro Padre porque os había desamparado en aquel abismo de penas interiores: yo os suplico que me deis fortaleza y ánimo para sufrir mis sequedades, y para beber con Vos la hiel de mis desolaciones endulzádmelas como venidas de vuestra mano, y que por ellas me haga digna de vuestro amor.



padeces sequedades de la oración y en los demás ejercicios espirituales, y de aquellos torrentes del Cielo no sacas sino desolaciones y descon-

des dolores. Ahoga sin dilación aquellos perniciosos deseos, y conténtate con la condición en que te hallas, sin querer ser elevada por ti misma



## NOVIEMBRE

(Flor: *Violeta.*)

—

*De la humildad.*

### § I

*Alivez interior.*

Está la alivez con nuestra alma tan intimamente penetrada, que todas nuestras acciones salen con algún sabor de ella, como inficionadas de un humor corrompido con el contagio del pecado original. Y así debemos tener siempre este veneno escondido, guardarnos de él para que no nos inficione quitándonos la salud, y poco á poco nos acarree la muerte espiritual

¡Jesús, Rey de los mártires!, que estando en la cruz padecisteis extrema desolación, que os obligó á lamentaros á vuestro Padre porque

Si quieres aprovechar é ir adelante en la perfección, ten todas tus acciones por sospechosas, como parciales de tu enemigo la altivez. Porque, en efecto, si las examinas bien á la luz de la gracia, pocas hallarás con las cuales no se haya mezclado el deseo de la propia excelencia, ó en el principio, ó en el medio, ó en el fin de ellas. En esto puedes ver tu miseria y qué es lo que puedes esperar de ti misma, y cuánto te conviene recurrir á Dios pidiéndole su gracia para que te libre de tan pestilencial veneno dándote una perfecta salud.

Bien sabes tú que no hay cosa en el mundo que desagrade á Dios tanto como la altivez y soberbia, porque éste es el vicio que directamente se opone á su grandeza y poder. Con él tuvo Lucifer la osadía de levantarse contra el mismo Dios, y así este pecado quedó marcado con la señal de la reprobación. Porque

desdolores. Ahoga sin dilación aquellos perniciosos deseos, y conténtate con la condición en que te hallas, sin querer ser elevada por ti misma

si el soberbio hace guerra á Dios y provoca su omnipotencia, Dios también le declara la guerra y prepara contra él las armas de su justicia. Juzga ahora tú si el partido es igual. ¿Y qué seguridad puede tener una criatura miserable contra la cual tiene el Criador declarada la guerra? Si la altivez nos hace insufribles á Dios y á nuestros prójimos, no menos nos hace partidarios á nosotros mismos. ¿Cuántos malos consejos nos sugiere? ¿Cuántas inquietudes y desasosiegos nos acarrea con las expectativas de nuestros deseos? ¿De cuántos despechos nos llena cuando los sucesos no corresponden á nuestros intentos? Ella se opone á la Providencia divina, é intenta pervertir sus designios y confundir sus órdenes. Ella no admite consejo ni dirección sino de sí misma, y, como ciega, precipita al alma en todo género de miserias. Yo no creo que tú querrás seguir

¡Jesús, Rey de los mártires!, que estando en la cruz padecisteis extrema desolación, que os obligó á lamentaros á vuestro Padre porque

este furioso vicio, y que el deseo de tu salvación te hará huir de sus designios y abominarlos. Pero es necesario que adviertas que no es menor su astucia que su furor, porque se suele enmascarar, y con apariencia ó pretexto de celo, de caridad ó de cualquiera otra virtud, aun de la humildad misma, nos engaña y hace caer en su emboscada. El modo de vencerlo es examinar bien todas las cosas y en todas las ocasiones, quitarle la máscara descubriéndole el rostro, y tratarle como él merece por medio de un profundo conocimiento de nosotros mismos y de nuestra vileza delante de la grandeza de Dios.

Cuando sintieres en ti movimientos altivos de querer sobresalir entre los prójimos, considera eso como los asaltos de una calentura maligna, y aplícales el remedio desde luego, y no dejes que tome fuerza la enfermedad, porque te causará gran

desdolores. Ahoga sin dilación aquellos perniciosos deseos, y conténtate con la condición en que te hallas, sin querer ser elevada por ti misma más alto, sino de solo Dios.

¡Angeles santos que abatistéis la soberbia de Satán!: ayudadme á destruir en mí el vicio de la soberbia.

§ II

*Humildad interior.*

La humildad consiste en el conocimiento con que conocemos nuestra nada, y en el amor nacido de aquel conocimiento con que amamos nuestro desprecio.

Virtud tan hermosa y tan propia del cristiano, que ella sobre todas las demás es poderosa para atraer con abundancia las gracias del Cielo y hacer al alma que la posee gratísima á Nuestro Señor. Porque así como las lluvias descienden de los montes

concedáis esta virtud, disponiendo todas mis cosas de manera que con grandes ventajas y en alto grado la consiga.

trayendo la fecundidad á los valles, así la abundancia de las gracias y favores de Dios altísimo descenden á los espíritus humildes, y los fecundan y enriquecen con frutos abundantes de vida eterna.

Esta es la virtud por la cual quiso el Hijo de Dios ser glorificado sobre la tierra, y la cual con especialidad nos enseñó cuando, hablando con sus Apóstoles, nos dijo á todos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Lección grande, santa y perfecta que debemos practicar, imitando á nuestro Maestro con ser mansos y humildes, no como quiera, sino de corazón, y no de palabra solamente y en apariencia, como muchas veces se hace. —¿Qué cosa más razonable, ni más conforme á la condición de criatura, que la humildad? Ella te hace conocer lo que verdaderamente eres: ella echa por tierra aquella altivez que te levanta sobre tu mismo ser;

los asaltos de una calentura maligna, y aplícales el remedio desde luego, y no dejes que tome fuerza la enfermedad, porque te causará gran-

ella te dice que fuiste sacado de la nada y concebido en pecado; que tu cuerpo está sujeto á las enfermedades y esperando la muerte, y que tu alma vive atormentada con el furor de tus pasiones, sin poder conseguir ningún bien si no es con el auxilio de la gracia. Gran bien es tener en la humildad un espejo fiel que nos representa tales cuales somos, y nos muestra nuestras manchas para que las lavemos. Entre los demás tesoros que la humildad nos acarrea, uno es la paz sólida y verdadera, haciéndonos fuertes contra todas las tempestades de la vida. Porque, ¿qué olas podrán conmovér y turbar á aquella alma á quien tiene firme el áncora de la humildad? Lo profundo del mar no es agitado de tempestades por mucho que lo sea su superficie de furiosos vientos. El alma que está sumida en lo profundo de su humildad, segura está de los vientos de sus pasiones.

concedáis esta virtud, disponiendo todas mis cosas de manera que con grandes ventajas y en alto grado la consiga.

Siempre vive en tranquilidad, no pudiéndole suceder penalidad alguna que ella no reciba como debida á sus pecados y á su nada. Pero es de tal manera la humildad que no envilece al corazón, ni lo hace pusilánime; antes lo levanta y anima á emprender cosas grandes. Ella es fuerte sin temor, y animosa sin audacia. Levanta el alma á las cosas grandes que Dios le manda ó le inspira; porque, no fiándose de sus fuerzas (cuya flaqueza ella bien conoce), y armándose con la confianza en Dios, concibe una fortaleza toda divina, y ejecuta cosas grandes por Dios, obra en ella y por medio de ella.

Pero es necesario que estés advertida para que no te engañe la soberbia con apariencia de humildad, como engañaba á aquellos filósofos que, con pretexto de virtud, despreciaban todas las cosas de la tierra; pero en ese mismo desprecio

los asaltos de una calentura maligna, y aplícales el remedio desde luego, y no dejes que tome fuerza la enfermedad, porque te causará gran-

dioso en el desprecio? ¿No se te ha dado el honor que deseabas? Se ha dicho una palabra ó hecho una acción que tú interpretas como desfavorable (cuando hechas en el mundo)

estaban llenos de vanidad, de estimación de sí mismos, y de desprecios de los demás.—La verdadera humildad está llena de dulzura, de compasión y de caridad para con todos; á ninguno desprecia, reconoce su propia flaqueza é ineptitud para nada bueno sin el auxilio de la gracia; de ésta lo espera todo, sin atribuirse á sí misma el más mínimo buen sentimiento, y temerosa de sí misma, está en vela para no caer en el vicio contrario. ¡Jesús mío!, divino ejemplar de virtud tan excelente que, juntando en vuestra persona dos tan distintas naturalezas, como son la divina y la humana, juntasteis asimismo la omnipotencia con la humildad más profunda, y escogisteis para Madre la más humilde criatura: yo os suplico me concedáis esta virtud, disponiendo todas mis cosas de manera que con grandes ventajas y en alto grado la consiga.

Siempre vive en tranquilidad, no pudiéndole suceder penalidad alguna que ella no reciba como debida á sus pecados y á su nada. Pero es de tal manera la humildad que no

§ III

*El desprecio.*

El fin y la excelencia de la humildad es sufrir el propio desprecio con paciencia, y amarlo como un bien y gozarse en él. Mira tú ahora en cuál de estos tres grados estás, y hallarás que estás muy lejos del tercero, y aun tal vez del primero. Por tanto, aprende á fortificarte con la gracia para este desprecio, porque sin su tolerancia jamás llegarás á poseer esta virtud.

¿Dudas tú, por ventura, si eres digna de este desprecio, y de que no se te dé la honra que deseas? No puedes negar tu misma nada, ni tus pecados, ni tus flaquezas, ni tus malas inclinaciones. Pues estas cosas, ¿de qué son dignas sino de un verdadero desprecio? Si tú misma desprecias estas cosas en ti porque

dioso en el desprecio? ¿No se te ha dado el honor que deseabas? Se ha dicho una palabra ó hecho una acción que tú interpretas como desfavorable (aunque hecha sin intención

conoces lo que son, ¿por qué te ofendes de que otro las desprecie, que las puede conocer como tú? ¿Y por qué quieres que los otros te den un honor falso que es una mentira, y no el desprecio que te es debido conforme á razón y justicia? Pasa á considerar cuánto vale la estimación de las criaturas, y no te ofenderás de que te desprecien á costa de tu quietud y paz como tan fácilmente lo haces. Las criaturas en su mayor parte juzgan por sola la apariencia, porque no pueden penetrar los corazones ni conocer las intenciones; se engañan con el interés y con la pasión que las mueve, y así, tan mal fundada es su estimación como su desprecio.

¿Por qué, pues, te dejas turbar de un juicio tan incierto? Agrégase á esto que las criaturas cada hora se mudan, y lo que hoy les parece despreciable mañana les parecerá estimable. Déjales, pues, que juzguen

Siempre vive en tranquilidad, no pudiéndole suceder penalidad alguna que ella no reciba como debida á sus pecados y á su nada. Pero es de tal manera la humildad que no

como quieran. Mas cuando su juicio se encaminare á tu desprecio tenlo realmente por verdadero, puesto que por uno solo de tus pecados has merecido el desprecio de todas las criaturas.

La estimación que debes desear es la de Dios, no la de las criaturas, porque Dios es el que juzga con verdad de las cosas, penetra los corazones, conoce las intenciones, ninguna cosa puede escondersele y todo lo ve clarísimamente. Trabaja por adquirir esta estimación verdadera, y deja á las criaturas juzgar como quisieren, porque su juicio no te hará ni más ni menos apto para tu eterna felicidad. Tu buena ó mala suerte dependerá del juicio de Dios. Si Él te desprecia, serás despreciada de todas las criaturas en el Infierno; y si Él te estima, serás en el Cielo estimada de los ángeles para siempre.

¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

dioso en el desprecio? ¿No se te ha dado el honor que deseabas? Se ha dicho una palabra ó hecho una acción que tú interpretas como desfavorable (aunque hecha sin intención de ofenderte); pero doy que deliberadamente te haya alguno ofendido con un desprecio verdadero. Si eres cristiana, ¿cómo puedes tú tomar de eso tan gran pesadumbre?

El Salvador te obliga á que perdones á tus enemigos las injurias y agravios que te hayan hecho, y hasta la misma muerte que te hayan pretendido dar. ¡Y un desprecio ligero que te han hecho te ha atravesado el corazón!

Si amas la humildad de veras, no puedes dejar de amar también el desprecio. Tú no te atreverás á decir que no amas la humildad, siendo ella una virtud entre todas tan excelente, virtud á todos tan amable, virtud predilecta de Cristo, que tanto nos la recomendó con sus pala-

melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque

bras y ejemplo, y, sobre todo, siendo virtud sin la cual correrá peligro tu salvación. Supuesto, pues, que amas la humildad, y la deseas y la procuras, consiguientemente debes amar tu desprecio, cuyo amor es el distintivo de la verdadera humildad, y el que, naciendo de ella como flor propia, le comunica todo su aroma. ¿Cómo es posible que considerando tú, cristiana, á tu Salvador entre los desprecios de su Pasión, tengas horror al desprecio? Él estuvo tan lejos de huirlo, que ardentemente lo deseó y procuró de todas las maneras posibles, hasta que satisfizo el hambre que tenía de sus oprobios.

Mira tú cómo tu Señor ningún tormento padeció que no fuese acompañado de algún desprecio. Siguele con el pensamiento, y le verás en casa del Pontífice despreciado aquella noche de los soldados; de varios modos en casa de Herodes, tratado como insensato; en casa de

seras despreciada de todas las criaturas en el Infierno; y si Él te estima, serás en el Cielo estimada de los ángeles para siempre.

¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

Pilato azotado como ladrón, despreciado como rey de burlas, con la caña por cetro y las espinas por corona; pospuesto á Barrabás, y cargado con el madero de su afrenta hasta el Calvario, y allí, desnudo, enclavado en la cruz recibiendo blasfemias y desprecios..

Ahora, pues, tú, siendo cristiana, ¿á vista de tal ejemplar tendrás ánimo para huir del desprecio? Pues guárdate, que el huir de él será huir de lo que Cristo amó y buscó, y aborrecer prácticamente su Pasión, haciéndote indigna de recoger los preciosísimos frutos del árbol de la Cruz.

¡Oh dulce Jesús, no permitáis que yo caiga en la desgracia de huir del desprecio que Vos tanto amasteis! No imite yo á vuestros enemigos, que se burlaban de vuestros desprecios, atribuyendo á impotencia la paciencia con que los sufríais. Vos los sufristeis para endulzar sus amar-

melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo suplico, que yo los estime, los ame, y no haga de ellos materia de escándalo como los judíos, ni de menosprecio como los malos cristianos.



seras despreciada de todos  
turas en el Infierno; y si Él te estima,  
serás en el Cielo estimada de los  
ángeles para siempre.  
¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y



## DICIEMBRE

(Flor: *No me olvides.*)

*De la muerte.*

### § I

*La muerte según su ser.*

EL año está casi acabado: los meses y los días que lo componen ya se han pasado: la tierra ha perdido sus flores y ha sido despojada de sus mieses: los árboles ya están sin fruto y sin hojas: los campos están ya hechos unos tristes objetos de melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque